VIAJES DE ALÍ BEY POR ÁFRICA Y ASIA

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

Por Roger Mimó Lladós

El viejo autobús jordano se detuvo en medio del desierto y el conductor me indicó que había llegado a mi destino: Al Zumayla.

- Pero... ¿dónde está la ciudad? –balbuceé sin dar crédito a mis ojos-.
- Esto es.

Junto a la carretera se distinguían sólo un par de fábricas enormes que parecían cerradas y otras dos o tres un kilómetro más allá. Desde luego, en este lugar no iba a encontrar un taxi ni otro medio de transporte como me había imaginado ingenuamente al verlo en los mapas e incluso en una foto aérea, pero el fortín de Qelat Daba sólo distaba unos cinco kilómetros en línea recta según la misma foto, de modo que estaba dispuesto a llegar aunque fuese a pie, a pesar del sol que caía a plomo aquella tarde de julio de 2010.

Sin pensarlo dos veces, tras apearme del autobús, eché a andar por una carreterita secundaria que se adentraba en el impresionante vacío, cargando a la espalda mi ligero equipaje y un par de botellas de agua que había tenido la precaución de comprar en Ammán.

A los cinco minutos oí una voz que me llamaba y me volví: era un joven palestino, técnico de mantenimiento de una de las plantas industriales. La célebre hospitalidad árabe funcionó como de costumbre; él y sus compañeros me hicieron pasar al habitáculo donde hacían vida, me prepararon té, me retuvieron hasta que el sol empezó a declinar, me indicaron la dirección correcta –que, por cierto, no era la que yo habría tomado- y acabaron por acompañarme a Qelat Daba con su propio coche, sin aceptar siquiera que pagase la gasolina.

Entonces, al llegar junto a aquel fortín abandonado en medio de la nada y descubrir los enterramientos de su diminuto cementerio con las clásicas piedras clavadas verticales en el suelo, sentí que había llegado al término de un largo periplo iniciado en otoño de 2002, o quizás en realidad mucho antes, un día de 1996 en que Juan Barceló me había regalado un ejemplar de los *Viajes* recién salido de imprenta. ¿Adónde más podía ir en busca de Alí Bey, si le había acompañado hasta su tumba? Ya no me quedaba, pues, otra cosa que hacer más que ponerme delante del ordenador y tratar de sacarles provecho a los miles de datos recogidos por una docena de países y tres continentes. ¡Había tantos temas por aclarar y se habían acumulado tantos tópicos a lo largo de doscientos años!

Mitos y tópicos

El primer tópico, el más repetido y con el que me había topado nada más iniciar mi primera lectura de los *Viajes*, afirmaba que el supuesto príncipe abasí era en realidad un espía catalán[1]. Si Domingo Badía Leblich -alter ego de Alí Bey- hubiese ido a nacer en Francia o en el Reino Unido, es muy probable que su afán por explorar el mundo hubiese contado con el respaldo de alguna sociedad geográfica y que Occidente no hubiese tenido que esperar hasta 1828 para obtener, de la mano de René Caillié, noticias exactas de Tombuctú y de otros lugares míticos del África occidental. Pero el buen hombre fue a nacer en España y, en la España de principios del siglo XIX, el interés por la geografía de lejanas tierras era muy limitado, los poderes públicos empleaban los recursos nacionales en empresas de resultados más inmediatos y muy satisfecho se pudo considerar don Domingo cuando el omnipotente ministro Manuel Godoy decidió financiar su viaje: demasiado satisfecho como para negarse a

[1] Así es como empieza el prólogo de Juan Barceló a su edición de los *Viajes de Alí Bey*: "Domingo Badía Leblich era un espía".

acompañar las investigaciones geográficas, geológicas, biológicas, etnológicas, meteorológicas y astronómicas con una misión de carácter político, requisito indispensable para que el proyecto se llevase a cabo.
De esta misión política, circunscrita al ámbito de Marruecos y que ocupó apenas una cuarta parte del tiempo que Badía permaneció fuera de España, trataremos en sucesivas notas a lo largo del texto. Sin querer negar la importancia que pudo tener para el futuro de ambos países en el caso de haber alcanzado sus objetivos, lo menos que se puede afirmar aquí es que jamás debió hacer sombra –como haría en todos los prólogos, críticas y comentarios desde 1836 hasta hoy- a la inmensa labor científica desempeñada por el viajero, cuyo resultado es el libro que tiene el lector en las manos.
Además, aun siendo cierto que nuestro personaje ejerció como espía una temporada, ésta fue sólo una de las múltiples y muy variadas profesiones o actividades que desempeñó a lo largo de su agitada vida, tales como funcionario, científico, bibliotecario, general de brigada, traductor, intendente y dramaturgo.
En cuanto a su catalanidad -reivindicada a partir de 1833 por los primeros intelectuales de la Renaixença[2] y con mucha mayor fuerza una vez se afianzó este movimiento medio siglo más tarde-, se basa sólo en un hecho relativamente fortuito: el de haber ido a nacer en Barcelona, de madre belga y padre aragonés, y de haber pasado los siete primeros años de su vida en la Ciudad Condal o, mejor dicho, junto a ella, en el interior de esa Ciudadela que -en palabras de Ramón Mayrata- "simbolizaba la capitulación y la derrota del pueblo catalán" y de cuyo gobernador era su padre el secretario[3]. A tan tierna edad había de emprender una existencia itinerante por diferentes países de tres continentes para no volver jamás a su tierra de origen. Su identidad catalana, si es que alguna vez la tuvo realmente, se hallaba tan oxidada a los cuarenta y dos años, cuando ocupó el cargo de intendente de Segovia, que su propio tesorero don Jaime Amat nunca llegó a imaginar que aquel superior con el que colaboraba a diario fuese un paisano suyo[4]. De esta realidad se ha tenido que dar cuenta desde hace tiempo más de un comentarista, pero han evitado tocar el tema, quizás porque estas palabras que ahora escribo con absoluta naturalidad sonarían muy polémicas en la pluma de alguien que no fuese, como yo, catalán de nacimiento, de raíces, de cultura y de lengua. A mi entender, si los catalanes queremos reivindicar a otros personajes que la historiografía oficial nos ha usurpado, tenemos que empezar por reconocer nuestros propios errores o exageraciones.
El segundo tópico, uno de los que le ha dado mayor fama, es el que afirma que Domingo Badía fue el primer cristiano que penetró en La Meca. Dejando aparte el hecho de que ya Pêro da Covilha y Alonso de Paiva habían estado en la ciudad santa en 1488, Ludovico Vertomano había entrado en ella en 1503 y Joseph Pitts había peregrinado allí tras una conversión forzada e insincera en 1680, cabe cuestionarse hasta qué punto nuestro personaje se sentía cristiano en esta época de su vida. Como buen hijo de la Ilustración, más bien debía de ser deísta y, aun

---

[2] El primer artículo de Joaquim Roca i Cornet sobre Alí Bey aparece en el Diario de Barcelona el 7 de octubre de 1833.

[3] La Ciudadela de Barcelona, cuya demolición a partir de 1869 daría lugar al actual Parc de la Ciutadella, no tenía por misión defender la ciudad sino mantenerla firmemente sometida. Dicha fortificación había sido levantada tras la derrota de Cataluña el 11 de septiembre de 1714 en el transcurso de la guerra de Sucesión, en que había dado su apoyo al archiduque Carlos de Habsburgo frente a Felipe V. Al triunfar este último, había abolido los fueros y privilegios catalanes, substituyéndolos por un humillante Decreto de Nueva Planta cuya aplicación se garantizaba mediante la presencia del ejército acuartelado en aquella fortaleza. Para su edificación habían derribado parte de las murallas de la urbe y más de mil viviendas del barrio de La Ribera.
En cuanto a la fecha en que la familia Badía dejó Barcelona, Patricia Almarcegui (p. 19) indica que fue el año 1774; si esto es exacto, el pequeño Domingo, nacido el 1 de abril de 1767, contaba siete años y no once como figuraba en anteriores biografías.

[4] Fèlix Torres i Amat (p. 74) afirma que "a pesar de no poder ignorar que estábamos allí mi tío el Ilmo. Sr. Amat, confesor que fue del señor D. Carlos IV, y yo, que a la sazón me hallaba canónigo en San Ildefonso, todos compatricios suyos, jamás supimos que fuese catalán".

admitiendo la idea abstracta de la supremacía de Dios, debía de sentir tan poco apego por los ritos del culto como por la doctrina católica en la que había sido educado. A esto se viene a sumar, según McGaha (pág. 12), un cierto anticlericalismo, nacido al tener que "contender con el oscurantismo del alto clero de la catedral [de Córdoba], capitaneado por el influyente canónigo José Muñoz y Austria. En enero de 1796, éste hizo circular un anónimo acusando a Badía de impío, hereje e ignorante por haber defendido el sistema copernicano y hasta por haber negado la existencia del unicornio".

Teniendo en cuenta estos antecedentes, el descubrimiento de la religión mahometana, con su ausencia de altares, de imágenes, de intermediarios y de clero jerarquizado y con su dogma del Dios único, indivisible e inmaterial que uno puede llegar a identificar con "el Dios de la naturaleza" propio de la ideología ilustrada, por fuerza tuvo que provocar en él una reacción favorable[5]. No resulta, por lo tanto, descabellada la idea que sugiere Alberto López Bargados de una "lenta pero creciente conversión al islam": si en los primeros meses de su viaje practica el culto por simple conveniencia social, según va avanzando éste deja ver en su texto un interés cada vez mayor por los fundamentos de la fe, toma posición por unas determinadas corrientes –el uahabismo- contra otras –el marabutismo- y parece traspasar la barrera definitiva en el momento en que salva su vida milagrosamente cuando estaba a punto de morir de sed en el desierto de Oujda[6].

En consecuencia, según esta interpretación, el hombre que llegó en 1807 a La Meca tenía mucho más de musulmán que de cristiano, aunque probablemente seguía siendo deísta en el fondo de su alma y lamentando que, también en el islam, "las ceremonias exteriores del culto hubieran prevalecido por encima del fondo de la religión".

El tercer tópico hace de Domingo Badía un patriota español a ultranza y un predecesor de los africanistas que un siglo más tarde pondrían en marcha un desafortunado proceso colonial que había de causar a la metrópolis muchos más desastres y quebraderos de cabeza que beneficios. Esta visión del personaje es la que dieron en los años 1940 su biógrafo Augusto Casas y otros escritores adictos al franquismo, pasando por alto su condición de afrancesado y su indiferencia por servir a una u otra nación mientras le remunerasen convenientemente por su labor.

Si en algún momento llegó a plantearse el viajero la anexión de Marruecos a España –cosa que está por demostrar-, sus esfuerzos iban por lo general mucho más encaminados a establecer en aquel país un régimen liberal con unas leyes que garantizasen, además de los derechos de sus propios ciudadanos, el libre comercio con sus vecinos, en especial con quienes le habían encargado esta misión y estaban financiando su desahogado tren de vida. Muy desagradecido y muy inconsciente hubiese tenido que ser para no defender, dentro de sus posibilidades, los intereses del país y del gobierno para los que trabajaba. Al margen de este cometido, que llevó a cabo lo mejor que pudo, no nos dejó ni una sola muestra del tan cacareado patriotismo -fuera de las misivas a Godoy o al rey de España- y sí muchísimas pruebas de su preocupación por el bienestar de la humanidad en general y por el avance de la sociedad en los tres continentes donde anduvo.

El siguiente tópico es el de la falsía de su narración. Aunque quien lo ha expuesto más llanamente es McGaha al calificar su obra de pura "novela experimental", ya lo había dejado claro anteriormente Goytisolo al señalar que "los *Viajes de Alí Bey* y las *Memorias del*

---

[5] "Sólo en el monte Arafat –escribe Alí Bey en el capítulo XV del segundo tomo- puede uno hacerse una idea del espectáculo imponente que presenta el peregrinaje de los musulmanes: una masa incalculable de hombres de todas las naciones, de todos los colores, venidos de los lugares más alejados de la tierra a través de mil peligros y de incontables fatigas para adorar juntos al mismo Dios, **al Dios de la naturaleza**".

[6] "Cuando pienso que aquella gran caravana –afirma el autor en este punto- se había desviado de su ruta por la falsa noticia de que había un cuerpo de dos a tres mil hombres que pretendían atacarla (...) y que este error fue la causa de mi salvación, en verdad no dejo de admirar y de bendecir a la Providencia".

Príncipe de la Paz tienen a lo menos un punto en común: el de su escasísima fiabilidad" y la idea se ha divulgado sobre todo a través del prólogo y las notas de Salvador Barberá Fraguas a la edición de la parte marroquí de su obra. Al ser este último investigador un gran arabista y habiendo llevado a cabo una profunda búsqueda bibliográfica sobre el tema, tanto en fuentes europeas como marroquíes, alcanzó su versión la máxima credibilidad y un merecido prestigio. Sin ánimo de negar sus múltiples aciertos, de los que me he servido y en ocasiones he reproducido párrafos enteros en señal de reconocimiento, debo señalar también que su desmesurado afán por probar la falsedad del texto y la carencia de conocimientos del autor le lleva a caer en un cierto número de errores[7] y a realizar algunos comentarios que han dañado gravemente la reputación de Alí Bey, a pesar de que al mismo tiempo le reconoce determinados méritos. A lo largo del libro trataré de ir demostrando todo lo contrario: que la precisión científica de Badía en sus descripciones resultaba casi obsesiva, con excepción de dos temas concretos acerca de los cuales no podía contar la verdad. El primero de ellos era la misión política encomendada por Godoy, que constituía en aquel momento un secreto de Estado, y el segundo sus relaciones carnales con diferentes mujeres, que debió de parecerle ofensivo para su esposa española reconocer en público y por escrito. Bien poca cosa, en definitiva, si se compara con los apaños que hacen –hacemos- los escritores de viajes actuales con la excusa de las "licencias literarias".

Por fin, un último tópico es el de que sólo adoptó su identidad como príncipe abasí en el momento de publicar su libro, mucho después del viaje. Quienes defienden esta idea se basan en el documento de cesión de dos casas en Marrakech por parte del sultán, en el que se alude al viajero como Alí Bey de Alepo, sin mencionar su apellido El Abasí, quizás porque en Marruecos los apellidos prácticamente no se utilizaron hasta bien entrado el siglo XX: las personas del pueblo llano eran identificadas por su nombre de pila seguido por el nombre de pila de su padre y las personas distinguidas por su nombre de pila seguido por su lugar de procedencia. En cualquier caso, el autor deja el tema bien claro en su prólogo: no afirma que Alí Bey "sea descendiente de los abasíes" (lo cual sería falso), sino que "es reconocido, en Asia y en África, como hijo de Osmán Bey, príncipe de los Abasíes". Y esto es absolutamente cierto. De no serlo, de no habérsele considerado un jerife de linaje noble, jamás habría obtenido –a pesar de sus conocimientos y del dinero que le facilitaba el Estado español, por mucha importancia que tuviesen ambos- el prestigio del que gozó en Marruecos y en otros países, ni se le habría autorizado a hacer uso del quitasol, ni habría podido soñar, como parece que soñó en algunos momentos, con ocupar el trono del reino alauita. ¿Que estaban equivocados quienes le reconocían como tal? ¡Y qué más da! ¿Acaso podemos saber cuántos de los miles de soberanos, jeques, emires, pachás y jefes de cofradías que han alcanzado rangos elevados en diferentes países islámicos a lo largo de catorce siglos gracias a su prestigio como descendientes del Profeta lo eran o lo son de verdad?

Y, por si todas estas razones no bastaran, tenemos el testimonio definitivo de Chateaubriand, que coincidió con él en Alejandría y se ufanó de oír en boca de aquel oriental –concepto que expresó mediante la palabra "turco"- los títulos de sus propias novelas. En su posterior relato del periplo dejó escrito el famoso literato: "Un turco rico, viajero y astrónomo llamado **Alí Bey el Abasí**, que había oído pronunciar mi nombre, dijo que conocía mis obras. Habiendo ido a visitarle, acompañado del cónsul, no bien me vio exclamó, abrazándome: *¡Ah, mi querido Atala, mi querido Réné!* Inútil es decir que Alí Bey me pareció en aquel momento digno de descender del gran Saladino. Y aun estoy algo persuadido de que es el turco más sabio y cortés del mundo, aunque no conozca mucho los nombres franceses: pero *non ego paucis offendar maculis*". En la tercera edición del mismo libro, sin embargo, siendo ya

[7] Patricia Almarcegui (p. 196) enumera dieciocho errores en el prólogo, aunque algunos de ellos son discutibles; yo he encontrado otros cuarenta y nueve en las notas a pie de página, de los que sólo comentaré en su debido lugar unos pocos que afectan a la comprensión del texto, pues no es éste el objetivo del presente trabajo.

conocida en algunos círculos intelectuales la verdadera identidad de Alí Bey, añadió Chateaubriand una nota: "¡He aquí lo que es la gloria! Me han dicho que este pretendido Alí Bey es español y que desempeña actualmente un empleo en su patria. ¡Excelente lección para mi vanidad!"

Domingo Badía Leblich

Así pues, Domingo Badía no era un espía profesional, aunque llevó a cabo una misión digna de tal en un momento concreto de su vida; a pesar de que había nacido en Barcelona, no debía de sentirse tan catalán como pretendieron los intelectuales de la Renaixença; tenía menos de cristiano que de musulmán cuando entró en La Meca; su patriotismo y su espíritu de conquista rondaban más o menos la media nacional; no era un embaucador y un embustero como han dado a entender algunos de sus críticos, aunque se le escapase alguna mentirilla de vez en cuando, y no había esperado hasta 1814 para crearse una identidad como jerife descendiente de los abasíes. Pero entonces, ¿quién era en realidad este extraño personaje?

No voy a ofrecer aquí una nueva biografía, de las que se ha publicado ya un crecido número a lo largo de los dos últimos siglos. Algunas de ellas dan una visión absolutamente parcial o subjetiva, según los intereses del comentarista de turno; otras han sido simplemente noveladas, rellenando con la imaginación los huecos documentales; pero también las hay bastante serias y rigurosas. La de Salvador Barberá sin duda es la que está mejor documentada y los pequeños errores de interpretación que contiene son depurados en la de Patricia Almarcegui, a la que bien poco podría yo añadir. Me limitaré, pues, a retratar al personaje a grandes trazos y, por lo demás, el lector encontrará los principales acontecimientos de su vida en una **cronología** al final de la obra.

Ante todo, Badía era un **ilustrado**, uno de los ejemplos más puros que puedan hallarse de este movimiento a pesar de haber llegado en sus postrimerías, y no existe otra palabra que mejor le defina. Los principios de la ilustración habían penetrado a fondo en su mente y determinaban tanto su comportamiento personal –el afán por instruirse, por encontrarle a todo una explicación racional y por investigar en las más variadas ramas del saber- como su actitud política y social. Siguiendo el pensamiento ilustrado, estaba convencido de que una sociedad culta que discurre por sí misma es la mejor garantía contra los abusos del Antiguo Régimen, apoyado en la ignorancia del pueblo, en la superstición y en la superchería religiosa.

Nuestro autor tenía una desmesurada fe en la racionalización de los quehaceres administrativos –no sólo elaboró numerosos memorándums a lo largo de su vida, sino que su gestión al frente de la provincia de Córdoba durante el reinado de José I demostró que estaba dispuesto a predicar con el ejemplo- y en los beneficios de un sistema constitucional y parlamentario que pusiera freno a la arbitrariedad de las monarquías absolutas. Donde mejor expresa estas ideas es en su tragedia en cinco actos *Alí Bey en Marruecos*, colofón de su obra literaria, pero también a lo largo del presente libro los deja claros con bastante frecuencia, a pesar de la contradicción que comporta su amistad personal con los soberanos cuyo poder absoluto él execraba. Si en Europa había aprendido a detestar el despotismo de un Antiguo Régimen casi moribundo ya, su llegada a Marruecos le lleva a descubrir los deplorables efectos de la tiranía en su máximo apogeo, de los que no dejará de lamentarse página tras página a lo largo de los *Viajes*.

En segundo lugar, Domingo Badía era un **científico** y un **hombre extremadamente culto**, lo que no deja de ser una consecuencia coherente de sus principios ilustrados. Bien poca cosa se sabe acerca de su formación, aparte de las clases de dibujo a las que habría asistido en Barcelona en su primera infancia según la novela de Ramón Mayrata. Por esto, la mayor parte de sus biógrafos le han considerado siempre autodidacta, pero Patricia Almarcegui (pág. 20) piensa que sí había cursado estudios superiores, basándose en su afirmación de que tenía "la satisfacción de ver mi nombre inscrito en la Real Academia de San Fernando y en las Reales

Escuelas de Física y Química". También el comentario que hace en los *Viajes* de que en las escuelas de los cristianos le habían enseñado latín sin que él supiese para qué (es decir, sin que le interesara) tiende a confirmar este extremo.
En cualquier caso, era un hombre con una mente privilegiada y que además dedicaba muchísimo tiempo a la lectura. Entre los libros y las posibles clases había aprendido, además de las dos ciencias mencionadas y del dibujo, disciplinas tan diversas como la botánica, la geografía, la música, la filosofía, la geología, la historia, la astronomía, la estrategia militar, la navegación marítima, la poesía, el teatro, la arquitectura, la meteorología y las matemáticas, además de cinco idiomas: francés, inglés, latín, italiano y árabe clásico.
Este último sabemos que lo estaba cursando un año antes de su partida, en los Reales Estudios de San Isidro, donde Simón de Rojas Clemente sustituía al catedrático García Asensio que se hallaba enfermo; las clases debieron de prolongarse durante los once meses que duró su estancia en París y Londres, adonde Rojas Clemente le acompañó, estando previsto que le siguiese también a lo largo de todo su viaje africano, lo que finalmente no se llevó a cabo. En cuanto al francés, no consta el nombre de sus profesores, pero Badía debió de tenerlos y muy buenos, o bien había vivido en Francia una larga temporada antes de emprender su viaje a Oriente, lo que no consta en ninguna de sus biografías pero justificaría las alusiones que hace en su libro a regiones galas tan recónditas como el condado Venaissin, la Beauce o la Limaña de Auvernia, así como al aire rústico de las montañesas suizas y a la disposición de las viviendas aisladas en este mismo país. El caso es que sólo con los libros no hubiese podido alcanzar jamás una pronunciación tan perfecta como se le atribuye. Según Grey Jackson (1820, pág. 299), habiendo sospechado el caíd de Essaouira que pudiera ser un espía de Napoleón, le hizo entrevistarse con un comerciante galo llamado Depras. Alí Bey hablaba su lengua con tal perfección que aquel hombre de negocios quedó convencido de que pertenecía a su misma nacionalidad, aunque cuando le oyeron conversar en un español igualmente bueno con nuestro vicecónsul Rodríguez Sánchez ya no supieron a qué carta quedarse.
De todos estos conocimientos, confirmados al parecer por una misiva suya[8], haría uso en su viaje y alarde en su libro, dado que la modestia no era precisamente una de sus mayores cualidades.
En tercer lugar, Domingo Badía era un fiel **servidor del Estado**, de cualquier Estado. Había nacido en el seno del Estado -en esa Ciudadela que representaba en Barcelona el poder central- de padres y abuelos dedicados a servir en el ejército y en la administración; se había criado al amparo de estas mismas instituciones, y desde los dieciocho años (los catorce según otras versiones) se ganaba el pan como funcionario ejerciendo los más variados cargos en diferentes puntos de la geografía española. Por esto, porque era un hombre del Estado, se dirigió sin pensarlo dos veces al Príncipe de la Paz a la hora de buscar patrocinio para sus proyectos de exploración.
Mientras estuvo en Marruecos, aunque continuaba trabajando para el Estado español, trató de servir al mismo tiempo al sultán con sus ideas y conocimientos, e incluso cuando pensaba en destronarlo era con la sana intención de instaurar un sistema político más justo, más estable y más eficaz, aparte de ser también más proclive al comercio con España.
Después, a su regreso, se puso al servicio de Napoleón y de su hermano José I, al que representó como intendente (gobernador civil), primero en Segovia y luego en Córdoba; una vez derrotados los Bonaparte, no dudó en ofrecer sus servicios a Fernando VII y, al rechazarlos éste, se volvió hacia Luis XVIII de Francia, que le acogió más favorablemente a

[8] McGaha (p. 22) cita una carta en la que el autor afirma: "He estudiado cuatro años de gramática y retórica, tres años de filosofía aristotélica (y otros tres en olvidarla), dos años de matemáticas, dos de física experimental, uno de la actual nueva química demostrativa, y en algunos intermedios varias humanidades, como la historia, la fábula, idiomas, un poquito de poesía, un muchito de música..."

pesar de sus ideas ilustradas y de su pasado bonapartista; sirviendo a este monarca con su mejor voluntad había de morir en el transcurso de su segundo viaje a Oriente.
En cuarto lugar, Domingo Badía era un tipo singularmente emprendedor, con **un carácter y una testarudez excepcionales**, así como una **sangre fría** difícil de igualar; también un tanto **soñador e irresponsable**, capaz de comprometerse en quiméricas empresas sin saber muy bien cómo llevarlas a término y confiando sólo en su propio temperamento y su capacidad personal como garantías de éxito. De otro modo, jamás se hubiese atrevido a asumir, entre otras operaciones arriesgadas, la difícil misión de conquistar el imperio de Marruecos contando únicamente con el apego o la simpatía de algunos jefes locales.
Y, finalmente, aquel científico ilustrado, cuya vía de expresión literaria más lógica y natural sería el neoclasicismo, llevaba dentro a un **poeta romántico**, predecesor de cuantos integrarían este movimiento a lo largo del siglo XIX. En el relato que tenemos entre manos, no sólo adopta -como bien sugiere López Bargados (pág. 287)- "el tono cada vez más autobiográfico del viaje romántico, hasta el extremo de encarnar, mejor quizás que ningún otro, las contradicciones en que incurre todo hombre situado entre dos mundos, el conflicto de una identidad desdoblada", sino que sorprende a sus lectores con párrafos absolutamente románticos –la descripción de Taza, el episodio de una tormenta entre Alejandría y Chipre, las conjeturas acerca del jardín sagrado de Venus en esta misma isla o las reflexiones personales que se hace al llegar a Palestina- intercalados en un texto de carácter básicamente científico, didáctico y lleno de comentarios del más puro estilo neoclásico acerca de los monumentos que encuentra en su camino, en especial si son del periodo grecorromano. Es más, la propia figura del autor-protagonista, su ajetreada vida y su misteriosa muerte en medio del desierto cuando se dirigía por segunda vez a La Meca, con sospechas de un posible envenenamiento, le convierten a él mismo en una especie de héroe de novela romántica.

Los *Viajes de Alí Bey*

Pero ya basta de hablar de Domingo Badía, pues de quien me había propuesto tratar en realidad en estas líneas es de Alí Bey. Y no es ningún juego de palabras: creo que hasta hoy no se había valorado debidamente una frase que leemos en el prólogo de la edición francesa y que se desarrolla con mayor detalle en un folleto promocional publicado un poco antes de aparecer ésta, el 1 de julio de 1814. Ambos van firmados con una simple B que todos los comentaristas están de acuerdo en atribuir a Badía, pues tanto el contenido de los mismos como el de las notas a pie de página distribuidas por el libro conducen a esta conclusión.
En dicho folleto, decía, el editor (Domingo Badía Leblich) advierte que "en lo referente a la redacción, **nos hemos ceñido estrictamente a las crónicas del autor** y sólo nos hemos permitido ligeras correcciones. No hemos querido adornar el estilo y, como en la mayor parte de las obras de este género, añadir descripciones que hacen de los relatos de los viajeros otras tantas novelas: **es Alí Bey quien habla, es su manera de ver, de sentir, de examinar**. Al público le corresponde juzgarlo".
¿Qué nos está advirtiendo en este párrafo? Ante todo, nos está hablando de un desdoblamiento de personalidad que sí han detectado y analizado diferentes comentaristas, en especial López Bargados, mientras Ramón Mayrata lo ha convertido en el *leitmotiv* de su interesante novela. Según esta interpretación, el viajero llegó a identificarse de tal modo con su disfraz de príncipe oriental y a sentirse tan a gusto en él que, durante su periplo, no se veía a sí mismo como un actor interpretando un papel sino que obraba, reflexionaba y escribía como un verdadero jerife abasí. López Bargados (pág. 291) lleva esta consideración hasta los últimos días de la existencia del personaje: "En Damasco, y ya en el lecho de muerte, la máscara nombró como albacea a un tal Sayj al-Yazzar para que repartiese sus bienes entre un esclavo negro que le acompañaba y los pobres de Medina y La Meca. Poco después, la máscara moría,

para ser enterrada según el rito musulmán. Pero, muchos años antes, un viajero catalán llamado Domingo Badía ya había sido eclipsado por la gloria terrenal de Alí Bey el-Abasí".
Aparte de esto, el mencionado párrafo nos permite deducir que la mayor parte del texto fue redactado en el transcurso del viaje, ya sea en forma de diario que escribía todas las noches cuando se desplazaba de un lugar a otro, ya sea en forma de artículos elaborados durante sus estancias en diferentes ciudades. Confirma esta impresión el hecho de que, habiéndose extraviado el cuaderno donde relataba su excursión a Tetuán, Badía no trató de recomponerlo de memoria: esto habría sido falsificar la obra de su doble. Al contrario, el material acumulado a lo largo de cuatro años apenas fue retocado a su regreso, no eliminándose siquiera las contradicciones entre las novedades que iba descubriendo y lo que había anotado erróneamente en etapas anteriores. En todo el libro sólo he podido encontrar dos comparaciones de ríos marroquíes con el Nilo que forzosamente tuvieron que ser añadidas en Egipto o con posterioridad, así como una referencia a los derviches turcos en el capítulo X, intercalado entre los de Fez. Sin embargo, tanto éste como el IX, pienso que debió de remodelarlos con posterioridad, ya que demuestran unos conocimientos del islam bastante mayores de los que poseía cuando estaba en Marruecos. Finalmente, el capítulo XIX sobre la existencia de un mar interior en África lo preparó sin duda pocos meses antes de editarse los *Viajes*, coincidiendo con una disertación que pronunció en el Instituto de Francia el 4 de abril de 1914, y en él menciona estudios de otros autores realizados con posterioridad a su propia expedición.
El resto se limitó a traducirlo del español al francés o bien lo hizo traducir por un profesional. Según Mercader (pág. 31), en 1808 Napoleón habría encargado la traducción a un tal Beausset, pero nada prueba que ésta llegase a realizarse, puesto que no se publicó en aquel momento. Además, el marqués de Beausset era el prefecto de palacio del emperador y lo más probable es que éste no le mandase traducir el texto sino encargarse de las gestiones necesarias para que el libro viese la luz en su idioma.
Algunas ligeras imperfecciones semánticas hacen pensar que podía ser un español el que redactaba en francés y, por otra parte, hay múltiples expresiones que no tienen un equivalente en nuestra lengua, dando la impresión de que el relato definitivo no fue trasladado textualmente de otro idioma sino más bien concebido en francés a partir de un borrador abreviado[9]. Su absoluta corrección ortográfica y sintáctica, así como algunos giros del lenguaje muy franceses que encontramos en él pueden ser debidos a la labor del filólogo Jean-Baptiste Bonaventure de Roquefort, a quien el editor agradece en el prólogo la revisión del libro. El hecho de que mencione a este personaje y no a un intérprete hace pensar asimismo que la traducción es obra suya, o sea del propio Badía.
En cualquier caso, el resultado de juntar en un mismo libro todos estos artículos y narraciones redactados en diferentes lugares, épocas y estados de ánimo es una obra un tanto ecléctica, en la que se combinan trepidantes episodios propios de una novela de aventuras con largos párrafos abarrotados de datos empíricos, capítulos enteros dedicados a temas concretos y valiosas descripciones de paisajes, monumentos antiguos o lugares de culto. Si Goytisolo (2001, pág. XIV) ha encontrado en el conjunto las características propias de la *rihla* o crónica de viajes de la tradición árabe, no faltan tampoco las influencias de géneros tan variados como la epopeya clásica, el relato dieciochesco de exploraciones por tierras lejanas o el tratado científico propio de la ilustración.
A lo largo del texto menciona con frecuencia una "parte científica" cuya publicación estaba prevista y que no llegaría a ver la luz por diferentes motivos: en primer lugar, porque el

[9] He aquí algunos ejemplos, extraídos del recorrido por Chipre: "*La circonférence du plan est escarpée*" (referido a Nicosia); "*Le sol est un plan incliné de roche unie et pelée où les chevaux ne peuvent presque pas tenir*" (entre Limassol y Pafos); "*plusieurs pans d'une muraille extraordinaire, composée de deux rangs d'énormes pierres, formant la base, et couchées à plat les unes sur les autres*" (en Kouklia).

viajero había ido dejando en diferentes consulados españoles el grueso de sus documentos y jamás conseguiría recuperarlos; en segundo lugar, porque –según se lamenta en diferentes cartas- la necesidad económica de ejercer sucesivas funciones administrativas no le dejaba tiempo para dedicarse a la redacción de esta nueva obra, y en tercer lugar porque difícilmente habría llegado a obtener los fondos necesarios para imprimir un tomo que se prometía singularmente grueso y dirigido a un público muy limitado. Badía era consciente sin duda de tales dificultades y por ello incluyó en sus *Viajes* los resultados finales de sus observaciones astronómicas, meteorológicas y geológicas, que pueden hacerse algo pesados a los lectores actuales pero en su época tenían el valor de ser la única información disponible acerca de aquellas incógnitas tierras.
La publicación de la obra no estuvo exenta de dificultades, inherentes a la turbulencia política con la que se encontró Alí Bey a su regreso de Oriente el 8 de mayo de 1808. Su protector, Godoy, había sido derrocado por el motín de Aranjuez el 17 de marzo; el ejército galo había comenzado a invadir España; Carlos IV había cedido el trono, primero a su hijo Fernando y luego a José Bonaparte, y el 2 de mayo había comenzado la guerra de la independencia. Por indicación del propio monarca depuesto y del Príncipe de la Paz, Badía se puso al servicio de Napoleón y obtuvo su conformidad para la edición de su libro, pero a continuación pasó a desempeñar diferentes cargos en la España bonapartista, llevándose consigo todo el borrador, y el tema no se concretó hasta el 25 de septiembre de 1813, cuando –tras la caída de José I y el traslado de Badía a París con los demás afrancesados- el gobierno galo se comprometió a adquirir doscientos cincuenta ejemplares de la obra. Sin embargo, los problemas no terminaron ahí, pues todavía no estaban las galeradas en imprenta cuando Napoleón perdió el poder el 8 de abril de 1814 y la monarquía tradicional fue restaurada en la persona de Luis XVIII. Por fortuna, el nuevo gabinete decidió mantener las condiciones acordadas para la difusión de los *Viajes* y a su autor le bastó con cambiar la dedicatoria a Bonaparte por otra "al Rey" que pone de manifiesto su capacidad para adaptarse a cualquier situación y a cualquier régimen con tal de lograr sus objetivos. Éste es el texto íntegro:

"Majestad,
"Europa, hace tiempo, parecía avanzar a pasos agigantados hacia la catástrofe que amenazaba con hundirla en la barbarie: las artes, las ciencias y la civilización que constituye su fruto se hallaban quizás a punto de desaparecer de nuestras tierras cuando la Providencia, sensible al fin a los males de la humanidad, os ha devuelto al trono de San Luis y de Enrique IV, como si quisiera enseñar a las naciones que el más hermoso regalo que puede ofrecer el cielo a la tierra es el de un rey sabio y virtuoso. Dígnese su majestad permitirme emplazar este testimonio de mis sentimientos y el tributo particular de mi reconocimiento a la cabeza de una obra cuya publicación se debe a vuestra munificencia real y a vuestro amor por las letras.
"Soy, con el más profundo respeto y la más inquebrantable abnegación, SIRE, DE VUESTRA MAJESTAD, el más humilde, el más obediente y el más fiel sujeto.
"El Editor, B".

La presente edición
El texto de la presente edición lo he traducido directamente del que publicó el autor en francés en 1814. También he consultado las versiones inglesa e italiana de 1816, que supuestamente habrían sido revisadas por Badía, pero en la práctica han resultado ser simples traducciones de la edición francesa y contener singulares errores de interpretación, por lo que apenas me he servido de ellas.
Mucho más útil ha sido mi búsqueda sobre el terreno de todos y cada uno de los lugares, paisajes, montes, ríos, poblaciones, mezquitas, iglesias, palacios y otros monumentos mencionados por Alí Bey, sin olvidar la observación de usos y costumbres que aún persisten.

Dicha búsqueda sobre el terreno, que ningún comentarista de esta obra había tratado de llevar a cabo hasta hoy –si exceptuamos a Isidro de las Cagigas, cuyo campo de acción se limitó a la región de Oujda en 1919- me ha permitido comprender muchísimos párrafos que habían permanecido oscuros en una primera lectura del original y valorar otros como es debido, pues el conocimiento directo de los objetos descritos facilita en gran manera la interpretación de las descripciones. Mi primer recorrido tras las huellas de tan fantástico personaje lo llevé a cabo entre diciembre de 2002 y abril de 2003, coincidiendo con el bicentenario de su llegada a África; mas, habiendo quedado múltiples lagunas en ese primer periplo y habiendo surgido muchas dudas en el momento de redactar el texto, me vi obligado a repetir muchas etapas en viajes posteriores, hasta alcanzar mis últimos objetivos en julio de 2010.

Igualmente útiles resultaron las consultas con especialistas, desde arquitectos y geólogos hasta conocedores de la lengua beréber y de la doctrina musulmana, imprescindibles para ponerme a la altura de los elevados conocimientos de Alí Bey en una gama tan amplia de materias que pocas personas pueden abarcar. En este sentido, debo dar las gracias a Joan Fernández, a Pablo Rodríguez Navarro, a Ignacio Arce, a Faisal Cherradi, a Mohamed Bouafoud y a todos los demás informadores conocidos o anónimos que me han echado una mano durante los sucesivos viajes.

En cuanto a los hechos históricos y a las costumbres hoy desaparecidas, los he cotejado con estudios académicos y con relatos de otros viajeros de su época, tal como lo había hecho ya Barberá para la parte de Marruecos, y he contado respecto a él con la ventaja de poder consultar algunos valiosos libros recientemente publicados, como el de Host, que desde su redacción en 1767 hasta 2002 había existido sólo en versión original danesa. También ha constituido una gran ventaja sobre los comentaristas anteriores la posibilidad de buscar información en Internet.

Otra característica novedosa de la presente edición es que he trasladado al sistema métrico decimal y a los usos actuales todos los pesos, medidas, temperaturas, humedades y longitudes respecto al meridiano de Greendwich, indicados en diferentes unidades antiguas en el original. Con ello no sólo se ha hecho el texto mucho más ameno y comprensible para el lector de hoy, sino que creo haber cumplido la voluntad del autor, quien aseguraba en su prólogo a la edición francesa haber llevado a cabo idéntica labor para el público galo. La inclusión de dicho prólogo, silenciado hasta ahora a pesar de constituir la pieza clave para comprender la génesis del libro, es otra de las novedades dignas de mención. Asimismo, he corregido los fallos indicados en la fe de erratas, que ya se había tenido en cuenta en la edición inglesa pero no en las sucesivas versiones españolas.

Mucho más difíciles han sido las decisiones en materia de trascripción de nombres y palabras árabes o beréberes. Basándome en los propios criterios del autor, expresados en el mismo prólogo, he optado finalmente por dos soluciones distintas: una para los nombres de personajes y las palabras en general y la otra para los topónimos. Estos últimos los doy en su versión actual, según figuran en las enciclopedias españolas los que figuran y los demás tal como están escritos en los mapas o en los indicadores de carretera del país en cuestión, eligiendo el más cercano a la pronunciación española cuando hay diferencias entre los distintos mapas o entre éstos y los indicadores (por ejemplo, Said en lugar de Saeed). Esto permite al lector identificarlos fácilmente y hacerse una idea clara del recorrido del viajero, si bien le impide apreciar los matices del lenguaje empleado por el autor. Para paliar esta falta, he incluido al final de la obra un índice toponímico en el que no sólo ofrezco el término tal como figura en la versión francesa de 1814, sino también su trascripción en árabe cuando se trata de topónimos árabes y su localización mediante las coordenadas geográficas, datos que sin la menor duda el científico y meticuloso Alí Bey habría incluido en su libro si hubiese dispuesto de los mismos.

Por lo que respecta a los barbarismos y a los nombres de personajes, he optado por darlos en versión española, tal como los encontramos en las enciclopedias y, si no están en ellas, de un modo que al lector español le suenen lo más parecidos posible a como los pronuncian un árabe, un beréber o un turco en los respectivos casos. Esto presenta sus inconvenientes, pues muchos sonidos árabes, beréberes y turcos no tienen una correspondencia exacta en español, lo que ha llevado a los arabistas a otorgarles unos signos específicos. Mas, como presumo que una gran parte de mis lectores desconocerán tales signos de transliteración, he preferido utilizar la Y para sustituir la J catalana o francesa (excepto cuando está al final de una palabra, en que la he dejado como J) y emplear en su sentido inglés la H aspirada y la SH, bastante conocidas por el público hispánico actual. Un glosario situado al final de la obra trata, asimismo, de compensar las inevitables deficiencias de este sistema.
En el original francés he encontrado tres usos claramente diferenciados de la escritura cursiva. Los vocablos que tienen un sentido enfático los he puesto en negrita; los que poseen un sentido textual, como frases pronunciadas por un personaje, los he entrecomillado, y los que son simples barbarismos los he dejado en cursiva. Creo que todas estas medidas contribuirán a hacer agradable la lectura de este fantástico libro de viajes y a compensar "las enojosas disquisiciones científicas y los panegíricos del autor que –según Goytisolo- apelmazan el libro".
Los valiosos mapas y planos dibujados por Alí Bey eran prácticamente indescifrables en las ediciones españolas anteriores debido a su reducción de tamaño respecto al atlas de 1814. Para solventar este problema, hemos reproducido la mayor parte de las láminas al tamaño de origen y en el resto he retocado las letras de modo que se puedan identificar las leyendas con facilidad. Las explicaciones que figuran al pie de cada dibujo son del autor, pero las he abreviado cuando repetían los mismos conceptos expresados en el texto, dado que ahora se integran en el mismo en lugar de componer un volumen específico. Curiosamente, cuatro de los dibujos que aparecen en la versión original no son obra suya ni van firmados por él, sino por un tal Michallon, y tampoco guardan mucha relación con la realidad que representan; tras dudarlo bastante, he decidido incluirlos en esta edición para que el material de origen esté completo, pero advirtiéndolo en cada uno de los cinco casos.
Aparte de esto, he trazado nuevos mapas parciales en los que marco el recorrido del viajero con absoluta precisión, basándome en las distancias que nos da él mismo en horas de avance, si bien sus indicaciones de dirección mediante puntos cardinales no siempre se ajustan a la realidad, probablemente a causa de la declinación magnética, que el propio autor establece en más de veinte grados. Con este trabajo, fundamentado en el reconocimiento directo del terreno, **ha quedado determinado por primera vez el verdadero itinerario de Alí Bey**.
Con todo, de los quinientos sesenta y tres topónimos que aparecen en el texto (incluidos los nombres de los principales monumentos), ha habido casi medio centenar que no he conseguido localizar ni en los mapas actuales, ni en otros libros de la época, ni preguntando sobre el terreno. Muchos de ellos me consta positivamente que ya no existen, o que se llaman de otro modo, lo que he indicado en cada caso, pero aun así ofrecen un campo abierto a quien desee seguir profundizando en la investigación. Tanto en las notas a pie de página como en los mapas parciales he destacado estos lugares irreconocibles.
Para facilitar el seguimiento temporal de los acontecimientos y sortear esa "capa de confusión que -según Barceló- se encarga de disimular lo endeble de la construcción", la cronología que he incluido al final de la obra es absolutamente detallada en cuanto se refiere al viaje. Para terminar, un índice de personajes, con una breve explicación biográfica o una simple identificación de cada uno, permite ampliar conocimientos a quien lo desee, sin alargar en exceso las notas a pie de página, que ya de por sí ocupan bastante espacio.
En resumen, la edición trata de responder por igual a las expectativas de quien busca sólo la distracción en un libro de viajes y las del investigador que se propone ir más lejos. A todos

ellos les deseo que disfruten de la obra y la aprecien como yo la he ido apreciando lentamente mientras la traducía y la comentaba, al captar los matices que se me habían escapado en las anteriores lecturas.